

trario, reconvenía á Su Santidad diciéndole que ántes bien debía dejar que se arruinara Francia; porque entónces el clero no tendría fuerza para discutir sus privilegios, como lo había hecho, de manera que la autoridad del clero, del Parlamento, de la Sorbona, se convertirían en humo con los privilegios y libertades de la iglesia galicana.»

El papa creyó que los turcos amenazaban á Viena y envió á Madrid á su sobrino Gian-Francesco Aldobrandini, con el pretexto de implorar socorro de Felipe II contra los infieles (1); pero en realidad con el objeto de saber del rey de España en qué condiciones querría hacer las paces con Francia para hacer que las otorgara Enrique IV ántes de darle la absolución (2).

El sobrino nuncio hubo de consternarse á la vista de la decrepitud del rey y de la desolacion de España: las señales de la decadencia, de la impotencia, de la ruina, eran tan palpables, que por esta parte podía la Iglesia estar tranquila: el hombre que la dominaba de tanto tiempo atrás, no era ya de temer. El sentimiento de los españoles lealmente católicos estaba, al mismo tiempo, representado cerca del papa por un jesuita español, que era un erudito y un santo, el cardenal Tolet. Este verdadero cristiano despreció los caprichos de su rey para no atender más que á los intereses de la fe, é hizo ver al papa la necesidad de volver á abrir la Iglesia de Francia. Se asegura que otro personaje tuvo también alguna influencia: era éste un doctor francés, Serafin Olivier, auditor de la Rota y bufon de la corte pontificia.—Se dirá, decia, que Clemente VII perdió á Inglaterra con su vivacidad y Clemente VIII á Francia con su temeridad.—Y aún cuando fuera el mismo diablo, dijo otra vez, no podriais impedir que se convirtiera.

Clemente VIII se decidió, en fin, á prometer la absolucion y arregló las varias condiciones de la penitencia.

La penitencia tenia tres puntos. Enrique IV se comprometía, en primer lugar, á cumplir ciertas ceremonias religiosas él y sus sucesores (3); en segundo lugar introducía en Francia la observancia de los cánones del Concilio de

(1) Herrera, t. III, p. 506.

(2) Ossat á Villeroy, t. I, p. 294, mayo, 1594.

(3) Los reyes de Francia venian obligados desde aquella época á rezar el rosario todos los dias, las letanias los miércoles, la corona los sábados, y á oír misa todos los dias (Art. XI del tratado).

Trento (4); en fin, se sometía á la pena de azotes; mas para esta formalidad fué desde luego autorizado para dar procuracion á Ossat, obispo de Rennes, y á Perron, obispo de Evreux.

El dia 17 de setiembre de 1595, ante el Padre Santo que estaba sentado en un trono cubierto de riquísimo paño (5) y rodeado de cardenales, auditores de la Rota, capellanes de cámara, familiares secretos, y los embajadores de Venecia, Saboya y Ferrara, se adelantaron por en medio de una hilera de veinticuatro penitenciaros armados con sendas varas, los dos prelados franceses. Postráronse á los piés del Padre Santo, y se les dió lectura de la confesion del rey de Francia, que reconocía sus apostasías y su pecado de haber recibido una absolucion ilusoria en Saint-Denis; luego se les hizo renovar la confesion de estas culpas, renegar de la absolucion ilusoria é implorar la única verdadera absolucion, que es la del papa. Al mismo tiempo declaraban en nombre de Enrique IV, y como mandatarios suyos, que se entregaban á la Inquisicion, se ofrecían á la penitencia y se aprestaban á aceptar las condiciones que les fueran impuestas. Entónces uno de los penitenciaros entregó una vara al maestro de ceremonias, quien la pasó á su vez al cardenal Montalto. El cardenal llevó la vara al papa, quien la tomó, y mientras los cantores entonaban el *Miserere*, los dos prelados franceses fueron azotados por el papa á cada versículo (6).

Clemente VIII quedó tan satisfecho de este acto, que perpetuó su recuerdo con una cruz, que existía aún en 1875 en medio de una calle, y que el municipio de Roma hizo depositar en la iglesia de San Luis de los franceses á instancia de nuestro embajador Mr. de Corcelles. Entre los españoles, causó el acto grandísimo alborozo y sus historiadores no omiten ningun detalle de esta grotesca humillacion de su enemigo.

(4) Esta concesion fué anulada por los parlamentos, no siendo ejecutada sino en 1615.

(5) Véanse las piezas del tratado y las Memorias oficiales en las *Embajadas y negociaciones del Ilmo. cardenal Perron*, Paris, Besogne, 1633, t. I, p. 288 y 322. Los hechos están exactamente indicados por Aubigné, t. III, p. 431; Anquetil, t. III, p. 327; y sobre todo con gran lujo de detalles por Herrera, t. III, p. 509.

(6) «Procumbentibus humi eisdem Dominis Jacobo et Arnaldo procuratoribus ante pedes Suae Sanctitatis in plano solii Pontificalis, illustrissimus et reverendissimus D. Alexander cardinalis Montaltus exhibit in manibus ejusdem nostri Papa virgam quam Paulus magister ceremoniarum ab uno ex supradictis Penitentiaris habitam porregerat et dum cantores cantabant psalmum *Miserere*, D. N. Papa in singulo versiculo dicti psalmi verberabat et percutebat humeros praedictorum et cujuslibet ipsorum cum virga praedicta quam pro manibus habebat.»

CAPÍTULO VI

GUERRA ENTRE FRANCIA Y ESPAÑA

1595-1597

COMBATE DE LA FONTANA FRANCESA.—SITIO DE LA FERÉ.—SITIO DE AMIENS

I.—Combate de la Fontana Francesa

Desde la campaña de Normandía, se consolidaba cada año más el poder de Enrique IV: en 1592 había rechazado de Francia el último ejército de Farnesio; en 1593 había obligado á la Liga á aceptar la tregua y reunido á los católicos con su abjuracion; en 1594 había ganado á Paris y los valles del Sena y del Loira. Ahora es, verdaderamente, rey de Francia. Puede ya dejar la ficcion que simula una paz aparente con España, mientras se desgarran los dos pueblos en lucha encarnizada; no sigue la política de Catalina de Médicis, que enviaba cariñosas cartas á Felipe II, mientras procuraba herirlo en Francia, en Flandes y las Azores; prefiere declarar francamente la guerra, como lo hizo el 16 de enero de 1595.

Este acto oficial le saca de una falsa situacion y obliga á todos los gobernadores á someterse á su autoridad ó á declararse españoles: desde ahora, no hay ya partido ni pretexto entre Enrique IV y Felipe II.

El año 1595 va á consagrarse á defender el país contra dos ejércitos españoles, y los triunfos de 1596 permitirán creer que se ha acabado la lucha; pero el accidente de Amiens obligará á Enrique IV á entrar de nuevo en campaña y sólo entónces se pensará en la paz.

Mucho tiempo hacía que Francia no tenia aliados. Isabel, es verdad, preparaba una diversion en España; pero este ejército que debía arruinar y abatir á Felipe II, no pudo ejercer una influencia inmediata en la suerte de la campaña de Francia. Los alemanes despedían á los enviados franceses sin concederles nada (1); el calvinista Ancel, que se agitaba mucho entre los luteranos alemanes, se mostraba

inferior á los demás diplomáticos franceses de la época (2). Venecia (3) y Toscana temian demasiado la vecindad de los regimientos de Felipe II en Italia, para enviar otra cosa que embajadores y dinero, prestado á crecido interés.

El duque de Lorena tampoco hubiera querido comprometerse. Su hija, la duquesa de Toscana (4), había negociado su reconciliacion con Francia (5), y habiendo embolsado muy buenos escudos de Enrique IV, pretendía el de Lorena permanecer neutral en medio de las hostilidades, pero no pudo tener á raya la impaciencia de sus caballeros, quienes creían que su honor no estaba satisfecho, mientras no se distinguieran al lado de la bandera blanca. Un puesto en los legendarios escuadrones de Enrique IV, era la verdadera gloria. El duque no se atrevió á negarles esta gracia, y luego que le fué arrancado el permiso, los caballeros loreneses, á las órdenes de Tremblecour y de Haussonville, acudieron á Francia. El duque de Lorena, tímido y envidioso, se vengará en Tremblecour.

El refuerzo de las espadas que abandonaban á los degenerados Guisas para adherirse al rey de los bravos, era precioso en tales momentos, porque Mayena introducía en Borgoña un ejército español y reanudaba sus lazos con los ligeros para entregar la plaza de Lyon á Felipe II (6).

Sin renunciar á un nuevo ataque por el Norte, Felipe II había reunido las guarniciones de Italia y de Sicilia en un fuerte ejército que mandaba el gobernador del Milanesado, Don

(2) Mision de Ancel. Véase también Mothley, t. III, p. 411 y 417; Thou, l. CXVIII, y Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 122.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 115.

(4) Cristina, hija de Carlos III y de Claudia de Francia, nació en 1565, se casó en 1583 y murió en 1637.

(5) La Hougette, *Memorias*, t. III, p. 363.

(6) Herrera, t. III, p. 489.

(1) Mision de Felipe de Fresnes, señor de Canaye.

Juan Hernandez de Velasco, duque de Frias y condestable de Castilla. Háiale agregado como guías á Mayena, á Fray Mateo de Aguirre y á Don Bernardino de Mendoza, el infatigable ciego del sitio de Paris (1).

Pero mientras se organizaban estas tropas en Besançon para marchar sobre Lyon, vino Tremblecour á desafiárlas audazmente, tomando á Vesoul, á su vista. Esta temeridad era necesaria: Enrique IV no tenía ya ejército y algunos días de respiro le daban tiempo para acudir con su caballería.

El prudente duque de Frias creyó necesario recobrar á Vesoul: fué molestado en su marcha por Haussonville y perdió un tiempo precioso bajo los muros de Vesoul; pero encerró en la ciudadela á los loreneses de Tremblecour, los cuales, despues de tres días sin una gota de agua, tuvieron que capitular. Sin embargo, la invasion se había retardado (2) y contenido el arranque. Enrique IV acudía ya de Troyes con algunos centenares de caballos.

Anunció su llegada con un golpe que hubo de paralizar al duque de Frias. Oímos, escribe á Felipe II el secretario del duque de Mayena (3), oímos muchos cañonazos hácia la parte de Dijon, que hacían sospechar que la ciudad se había sublevado. A cosa de media noche llegó un hombre enviado por el vizconde de Tavanés, que aseguró que era verdad y que se había hecho entrar en ella al mariscal de Biron con tal confusion y precipitacion, que los habitantes no habían tenido lugar de asegurar sus vidas y haciendas con una capitulacion, y que se había visto obligado á retirarse á Talan, fortaleza distante de allí un tiro de cañón.

Entre Dijon, que estaba insuficientemente ocupada, Tavanés que ocupaba á Talan, y el ejército español, que se concentraba en Gray, Enrique IV estaba muy comprometido, con sus quinientos ó seiscientos caballos. Recordó, empero, el combate de Aumale y resolvió dar la bienvenida á los loreneses renovando aquella proeza. Acercóse al duque de Frias para *divertir al ejército* (4), llevando ciento sesenta caballos; Haussonville se le incorporó con un centenar, y Biron quedó con trescientos en Dijon.

(1) La presencia de estos últimos no es conocida, según creo, más que por la relación de Pelissier á Felipe II, relación que al parecer no ha sido consultada por muchas personas. Ms. Arch. nac. K. 1598, páginas 86 y 88.

(2) Bougar á Camerario, p. 364. «Nos Aussonville et Temblecourto plurimum debere qui molem illam veluti disrupterint.»

(3) Ms. Arch. nac. K. 1598, p. 88 y 86, marzo 1596, Mayena á Felipe II, extensa relación sobre los acontecimientos, hecha por Pelissier.

(4) Aubigné, t. III, p. 352.

La vanguardia de los franceses estaba dirigida por el marqués de Mirebeau que se hallaba en los dominios de su padre, y alojó al rey en Fontana-Francesa, también de su padre (5). El duque de Frias que avanzaba hácia Dijon, se detuvo ante aquellos jinetes y formó su ejército en batalla. Mayena instaba para que se continuara la marcha sobre Dijon, «pero no fué esta la opinión del condestable de Castilla ni la del mariscal de campo Olivares.» Los tres ignoraban la presencia de Enrique IV «porque á saberlo, con hacer marchar toda la caballería del ejército, no podía menos de caer muerto ó prisionero» (6). Salieron contra el marqués de Mirebeau cuatrocientos jinetes italianos; pero fueron rechazados por Haussonville. Llamando luego el rey á sus caballeros por sus propios nombres, cargó á la infantería española y vino á desembarazar á Haussonville, y la Tremouille, con los últimos jinetes, trajo oportuno socorro al rey. Durante estas cargas sucesivas, pasaba el tiempo y los españoles se admiraban de la tenacidad de aquellos jinetes á quienes creían sostenidos por un ejército. Muy luego llega Biron de Dijon con algunos hombres de armas, y ataca á su vez; pero cae herido. «Con esto el señor condestable de Castilla resolvió replegar su ejército sin pasar más adelante.»—Pasado á lo menos la noche sobre el campo de batalla, decía Mayena. Siquiera para salvar la reputación del ejército, permaneced mañana en el mismo sitio.

¡Prodigioso poder el de la audacia! Como en Aumale, deteniéndose el ejército, retrocede y desaparece ante un puñado de caballos; y el día siguiente, Enrique IV volvió y se paseó por el sitio del combate; de suerte que si el ejército hubiera salido este otro día para Dijon, se hubiera visto en el mismo peligro que el día precedente (7). Así Haussonville y los loreneses tuvieron la fiesta que habían solicitado, habiendo podido caracolear bajo el fuego de un ejército al lado de la Tremouille y de Biron y dejarse llevar del ímpetu francés.

Con semejantes aventuras, no ya sólo hacia crear Enrique IV que tenía ejército, sino que lo creaba en efecto. ¿Qué soldado habría rehusado servir á las órdenes de tal caudillo? El mismo Tavanés, el teniente de Mayena en Borgoña, testigo en su castillo de Talan de este combate de la Fontana Francesa, no pudo

(5) Relación de Mayena. Llama al lugar *Fontaine-Chateau*.

(6) *Ibid.*

(7) Relación de Mayena.

resistir más á la seducción, y olvidando á Mayena y la Liga, se echó en brazos del héroe á quien había visto aspirar, á cara descubierta,

Des bataillons croisés la poudre et la fumée (1).

El duque de Lorena fué insensible al honor de esta jornada, que salvaba á la Borgoña, y llamando á sus caballeros, resolvió hacer expiar su gloria á uno de ellos. Una noche mandó cercar el convento de religiosas de Remiremont, donde estaba Tremblecour con una parienta suya: los arqueros amenazaron con pegar fuego á la casa, si no salía el caballero. Salió, pues, y supo que estaba condenado á morir en el acto. Rogó que se le diese siquiera un confesor, y luego de súbito derribó á los que le detenían y saltando por encima de un seto, se arrojó al Mosela; pero mientras pasaba á nado el río, los arcabuceros del duque tuvieron sobrado tiempo para disparar sobre él y lo mataron á tiros (2).

Pero en el Norte los soldados de Felipe II eran conducidos por el mariscal de Rosne y el conde de Fuentes, y el éxito de la guerra se volvió contra Enrique IV.

Fuentes, ya viejo (3) cuando por muerte del

(1) El polvo y el humo de los batallones cruzados. D'Aubigné. Sobre el papel de Juan de Tavanés en Dijon, véase el notable libro de M. Pingaud, *Les Saulx-Tavannes*, p. 159 á 168.

(2) Correspondencia de Bongars, p. 37 y 436.

(3) Don Pedro Enriquez de Acevedo, conde de Fuentes, nació en 1526 y murió en 1610. Fué su madre Doña Catalina de Toledo y Pimentel, hija de Don García, hermano mayor del duque de Alba, y de Doña Beatriz de Pimentel. (Pedro de Rojas. Bibl. nac. Oa 57, p. 38 y 122). Casó con Doña Juana de Acevedo y no tuvo hijos. Sábese la fecha de su muerte por la carta de un P. Jesuita, publicada en el Memorial histórico español, tom. XVII. Murió en 1610, á la edad de unos 85 años. Tomo por fecha probable de su nacimiento el año de 1526, porque se sabe que fué el más brillante caballero en las cañas y sortijas del casamiento de la infanta Doña Catalina en 1585, debiendo de tener á la sazón sesenta años por lo menos. En su campaña de Francia, en 1595, era «muy entrado en años, pero los llevaba con vigor, de alta estatura, con rostro militar, hasta rígido, más bien cauto que osado, con igual altivez y fastuosidad.» (*Libros de antaño*, tomo VI, Prólogo, p. 19, según el Diario del Cardenal Bentivoglio.) Estos pormenores son importantes, porque la vida de Fuentes se ha confundido en la *Biographie Michaud* con la de Pablo Bernard de Fontaine, que era soldado raso en 1593, gobernador de Brouges en 1631, del Franco Condado en 1634, que fué hecho conde por Felipe IV y promovido, á la muerte del cardenal archiduque, á uno de los gobiernos de Flandes en 1641. Este, y no Fuentes, muerto ya hacia treinta y tres años, fué el que murió en Rocroy en 1643. Este curioso error se ha reproducido en la *Biographie Didot*, en el *Dictionnaire de la conversation*, en la *Encyclopédie de gens du monde*, en los *Dictionnaires de Bouillet*, *Larousse*, *Desobry* y *Bachelet* y otros, retrayendo treinta y cinco años el nacimiento de Fuentes para hacer verosímil su muerte en 1643. La misma confusion se observa entre los alemanes en *Conversations-Lexicon* y en *Allgemeine-Encyclopädie*; y aún entre los mismos españoles, en la *Historia de España* de Lafuente. En cuanto á la *English-Cyclopædia*, aquí se omite el nombre. Don Pascual de Gayangos, que ha rectificado este error, comete otro no menos extraño, como quiera que en el *Memorial histórico español*, tom. XVII, p. 9, refiere el nacimiento de Fuentes á 1515, lo que le habría dado 95 años de edad, y no 85 escasos, á la época de su

archiduque Ernesto fué investido del gobierno de los Países Bajos, era sobrino y discípulo del duque de Alba. Conservaba aún todo su vigor y era de alta y recta estatura y rostro marcial. En punto á disciplina, se mostraba severo y orgulloso; era aficionado al fausto, y sabía como el duque de Alba tener á raya á los temerarios y no confiar nada á la casualidad. En cuanto su vigorosa mano hizo sentir el mando, se calmaron las sediciones militares, se halló dispuesto en la frontera un ejército de veteranos y los fondos de las pagas atrasadas fueron adelantados por los banqueros.

Mientras Enrique IV estaba retenido en Borgoña, Fuentes y Rosne avanzaron por Picardía en la primavera de 1595, y embistieron á Doullens con un ejército de siete á ocho mil veteranos.

Turena que mandaba en la frontera, llamó á sí á Villars-Brancas, el nuevo almirante, á Belin el antiguo gobernador de Paris, á todos los gobernadores de las ciudades de Normandía, con la caballería de las guarniciones, y avanzó á marchas forzadas al frente de unos dos mil hombres de á pié y mil quinientos de á caballo (4).

Los capitanes españoles fueron todos de parecer que se levantara el sitio: Fuentes prefirió el consejo de La Motte y esperó en sus líneas al ejército francés. Aquella misma noche mataron á La Motte al emplazar una batería. Muy luego apareció la caballería de Turena asaz fatigada por su larga marcha; pero Turena y Villars que creían que los españoles eran poco numerosos, que les veían retirarse á sus trincheras y cubrirse con sus carros, no vacilaron «con orgullo francés» (5) en cargar á galope al enemigo. Dejan atrás la infantería,

muerte. Se tienen cartas de Fuentes (fonds. franc. 3983) y un epigrama sobre su entrada en Nancy (n.º 3960, fol. 74) «*Quand ce brave Espagnol que tant on vante icy...*» Fué capitán general de la caballería ligera de Milan, y despues, de Portugal (Herrera, t. III, p. 137). Enemigo de Santa Cruz, tom. III, p. 308. Su defensa de Portugal contra los ingleses, p. 358. Mision á los Países Bajos, t. IV, p. 178. Batalla de Doullens, p. 247. Toma de Cambrai, p. 249. Es hecho conde de Val de Opero por Felipe II. Se halla en Barcelona en 1600. Toma en completa paz el marquesado de Final en 1602. Muere en Milan, en 1610. Su mujer muere cuatro días despues.

(4) Las narraciones de esta campaña son muy diferentes en España y en Francia. Pero los historiadores franceses no han estado nunca felices con el conde de Fuentes. Yo creo que hay que seguir á Coloma, *Guerra de los Países Bajos*, pág. 111 y sig. Coloma mandaba la mitad de la caballería española, y su narración concuerda con la carta de Fuentes, con Villalobos, *Comentarios*, que fué herido en la batalla, y con Carnero, *Guerra civil de Flandes*, que conoció á todos los oficiales españoles. De Thou es el único francés de aquella época que da á esta batalla su importancia real. Menciona el papel de Rosne que los españoles omiten sin razon.

(5) Villalobos, p. 63.

derriban á los jinetes españoles que intentan atajarlos y penetran en medio de las líneas «hasta la boca de los mosquetes.» Allí, la infantería de Fuentes les hace «una salva tan buena, que parecía que todo un infierno de fuego surgiera de aquellos trigos. Las balas hirieron y mataron más de cien caballos, rodando por el suelo ellos y sus dueños.»

Los franceses se detienen, se arremolinan bajo el fuego del enemigo, quieren huir; pero sus caballos, cansados y pasmados por lo mucho que habían corrido, no tienen ya fuerzas ni para este último recurso. En este crítico momento, los carga la caballería española, y en un instante fué completa la derrota. Setecientos franceses perdieron allí la vida y entre ellos casi todos los gobernadores de las plazas inferiores de Normandía. Belin cayó prisionero con algunos otros; el almirante Villars, que llevaba una armadura dorada, un penacho blanco y las cintas de Madama Cimier, cayó del caballo con una pierna rota: oye que se lo disputan cuatro soldados como rica presa y no puede impedir que vengan á las manos, por más que les grita, en excelente castellano, que la presa es suficiente para todos cuatro. En esto sobreviene el contralor Contreras que dirime la cuestion en presencia del enemigo, haciendo que su paje rompa la cabeza á Villars, objeto de la contienda. La infantería francesa se desalienta viendo alejarse á Turena con los jinetes que le quedan, y se deja matar, sin que quedara uno de los dos mil para llevar la noticia (1).—Toda su infantería ha sido derrotada, escribe Fuentes á Felipe II; por nuestra parte no creo haber perdido más de cinco ó seis hombres y algunos heridos (2).—Y hé aquí lo que fué la batalla de Doullens, refiere uno de sus capitanes (3): los escritores franceses tienen buen cuidado de no hacer siquiera memoria de ella, y fué el lunes, víspera de Santiago, patrono de los soldados españoles. La intervencion del uno y el valor de los otros decidieron la victoria.

Doullens continuó su resistencia, pero fué tomada al asalto y entregada al pillaje «con la crueldad ordinaria en semejantes casos, dice piadosamente el capitán español, pero no con todos los excesos que nos han imputado los franceses: no se llegó hasta el punto de matar á las mujeres y niños; sólo se mataron dos mil

(1) Villalobos, p. 63.

(2) El 24 de julio 1595. Comis. real hist. de Bélgica, t. V, p. 224.

(3) Coloma.

quinientos soldados y muy poco más de mil seiscientos habitantes. Pero ¿qué hacer? *Habiendo muchos no podían morir pocos.*»

Algunos jefes fueron retenidos prisioneros: sus rescates y los de los prisioneros de la batalla precedente, se elevaron á más de doscientos mil ducados. «Y hubiérase obtenido el doble, sin la desgracia de matar al almirante.» Fuentes mandó luégo atacar á Cambray por la infantería de Don Luis Mejía.

Balagny, que había recibido de Francisco de Valois la plaza de Cambray, la conservaba en su poder, haciéndose creer necesario á Enrique III, á los Guisay y á los españoles. Recibía de Alejandro Farnesio, por conducto de Jasc de Valenciennes, dos mil escudos mensuales para «ayudar á mantener su guarnicion» (4). Pero se le reprochaba ir atesorando los escudos en los subterráneos sin tener más guarnicion que algunos suizos mantenidos por los burgueses. El mando pertenecía en realidad á su esposa, la orgullosa Renata de Clermont, que se complacía en hacerse adular por las mujeres de la ciudad. Fué, como las otras, seducida por el prestigio de Enrique IV, y decidió á su marido á abandonar la causa de España, mediante una buena asignacion de treinta mil escudos y el título de mariscal de Francia. Enrique IV pagó religiosamente la asignacion; pero los Balagny no creyeron necesario gastar este dinero y confiaron á los burgueses el cuidado de defenderse á sí propios. Los burgueses estaban irritados por las humillaciones que su soberana imponía á sus mujeres; pero su indignacion fué bastante prudente para no manifestarse hasta que Rosne y Fuentes establecieron sus baterías delante de los muros de Cambray (5). Reuniéronse entonces en las calles, sobornaron á los suizos de Balagny (6) é hicieron señas á los españoles para que se acercaran. Entre tanto, Balagny emprendía cobardemente la fuga, y su mujer corría desgreñada por las calles arengando á los burgueses, prometiendo repartirles el tesoro acumulado en los subterráneos del castillo y pretendiendo seducir á las mujeres. De repente, sabe que los suizos acaban de abrir á Fuentes la puerta del Santo Sepulcro: entonces «tal era la fuerza de ánimo de aquella mujer gentil» (7) que exhaló en pocas palabras todo su desprecio

(4) Ms. Bibl. nac. fond. español. 168, fol. 165.

(5) Coloma. Véase también Ms. Bibl. nac. franc. II.603.

(6) Bongars. «Factum id prodicione civium et Helvetiorum quos

cives corruperant.»

(7) Coloma.

para con el cobarde que la había abandonado, dió un grito y cayó muerta.

Cambray quedó en poder de los españoles hasta 1677 y participó de las miserias de todas las ciudades que volvieron á caer bajo su yugo. Balagny olvidó á su altiva Renata de Clermont y se casó con Diana, hermana de Gabriela de Estrées y tan liviana como ella (1).

Pero al volver á Bruselas, despues de esta gloriosa campaña, supo Fuentes que tenía un sucesor. En efecto, Felipe II le había reemplazado con el cardenal archiduque Alberto, arzobispo de Toledo, el tercero de los hermanos austriacos que quedaba en Flandes. Llevó el cardenal caudales, los últimos ducados de Felipe II; fué seguido de los despojos del ejército vencido en Borgoña, unas sesenta banderas que mandaba el maestre de campo Don Manuel de la Vega (2), y preparó una nueva campaña, mientras Fuentes se retiraba á Italia.

II.—Sitio de la Fere

La peor consecuencia de la derrota de Doullens y de la pérdida de Cambray, fué volver la esperanza á los obstinados ligueros, alzar el precio de los que aún se vendían y dar pesares á los que se habían sometido. Juan de Tavanés se arrepentía ya de su entusiasmo por el vencedor de la Fontana, y enviaba cerca de Felipe II á Gilberto de Hauteroche (3), renegando á la vez de Enrique IV y de Mayena en una carta de su vigorosa pluma. La religion, decía, se ha perdido en Francia por precipitada ambicion. Los príncipes de Lorena, como si el reino de Francia hubiera sido de ellos, lo querían poseer todos. Recuerde V. M. que la nobleza del rey de Navarra no le acompaña más que tres meses: V. M. puede derrotar al enemigo reforzando oportunamente el ejército.—Su agente evita encontrarse en Madrid con Pelisier, agente de Mayena, que lo denuncia (4), como vendido ya á Enrique IV. Tavanés quería veinticinco mil escudos de oro y una garantía contra la confiscacion de sus bienes, y cuatro mil escudos mensuales: el duque de Epernon y Mayena pedían mucho más, al mismo tiempo (5). Lo que es dinero no hay ya: Felipe II está en el último apuro, como que deja

(1) Diana Babou de la Bourdaisiere. Sabido es que la madre y las hijas tenían la misma reputacion y el mismo lujo de tocador. Balagny murió en 1603.

(2) Villalobos, *Comentarios*, p. 125.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1598, p. 81; marzo 1596.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1598, p. 83 y 88.

(5) *Ibid.*, p. 93 á 99, marzo y abril 1596.

que se muera de hambre su ejército de Bretaña (6). «Me hallo tan desconsolado, escribe el vigilante Mendo de Ledesma, qual puede estar un hombre que nació con la honra que yo y se vee desfavorecido y en tanta necesidad.»

Nada se puede enviar á Francia, nada á Flandes. Esto fué á causa, dice un cronista (7) de un nuevo decreto contra los hombres de negocios, el cual decreto anulaba sus créditos por sumas prestadas al rey, lo cual no se halló equitativo por la opinion, ni oportuno por los acontecimientos, y se acabó por reconocer que ninguna disposicion hubiera podido ser tan favorable á los enemigos.—La bancarota no salva la hacienda: España tendrá necesidad, para cerciorarse de ello, de continuar la experiencia por espacio de muchos siglos.

El duque de Guisa adivinó esta penuria y se sometió á Francia. Para probar su sinceridad, tomó contra los ligueros la ciudad de Marsella y la defendió contra las galeras de Doria (8), ahorcando al burgués Cazot, que había querido introducir á los soldados de Felipe II.

Privado de los subsidios españoles, desconsiderado, abandonado, el duque de Mayena invocó la intervencion de Gabriela de Estrées y se hizo presentar por ella á Enrique IV; sus yernos Villars Savoie y Montpezat hicieron á su vez un acomodamiento. La inexpugnable ciudad de la Fere estaba estrechamente bloqueada por Enrique IV. Su heróico gobernador, Don Alvaro Osorio, vió agotadas sus provisiones y escribió que estaba reducido al último extremo (9). La carta fué interceptada, y aún se ven las señales de los pliegues que la disimulaban en los vestidos del portador. Los españoles se defendieron todavía siete semanas; pero no siendo socorridos, tuvieron que capitular (10).

Mas no sin compensacion renunciaban á salvar La Fere Rosne y Don Agustin Mejía: dejando que Enrique IV se encarnizara con los heróicos sitiados, pasearon por en medio de su ejército á su ridículo cardenal archiduque y se presentaron delante de Ardres.

Ardres estaba defendida por Belin, el antiguo ligueros que había sido hecho prisionero en la batalla de Doullens: acababa de pagar su rescate y viéndose atacado de nuevo, se apresu-

(6) Ms. Arch. nac. K. 1598, p. 123, del 2 de junio 1596.

(7) Herrera, t. III, p. 667.

(8) Aubigné, t. III, p. 376.

(9) Ms. Bibl. nac. f. español. 183, fol. 91, 5 abril, 1596.

(10) El 22 de mayo de 1596.